

Daniel y el video

Versión literaria de **Verónica Murguía**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**



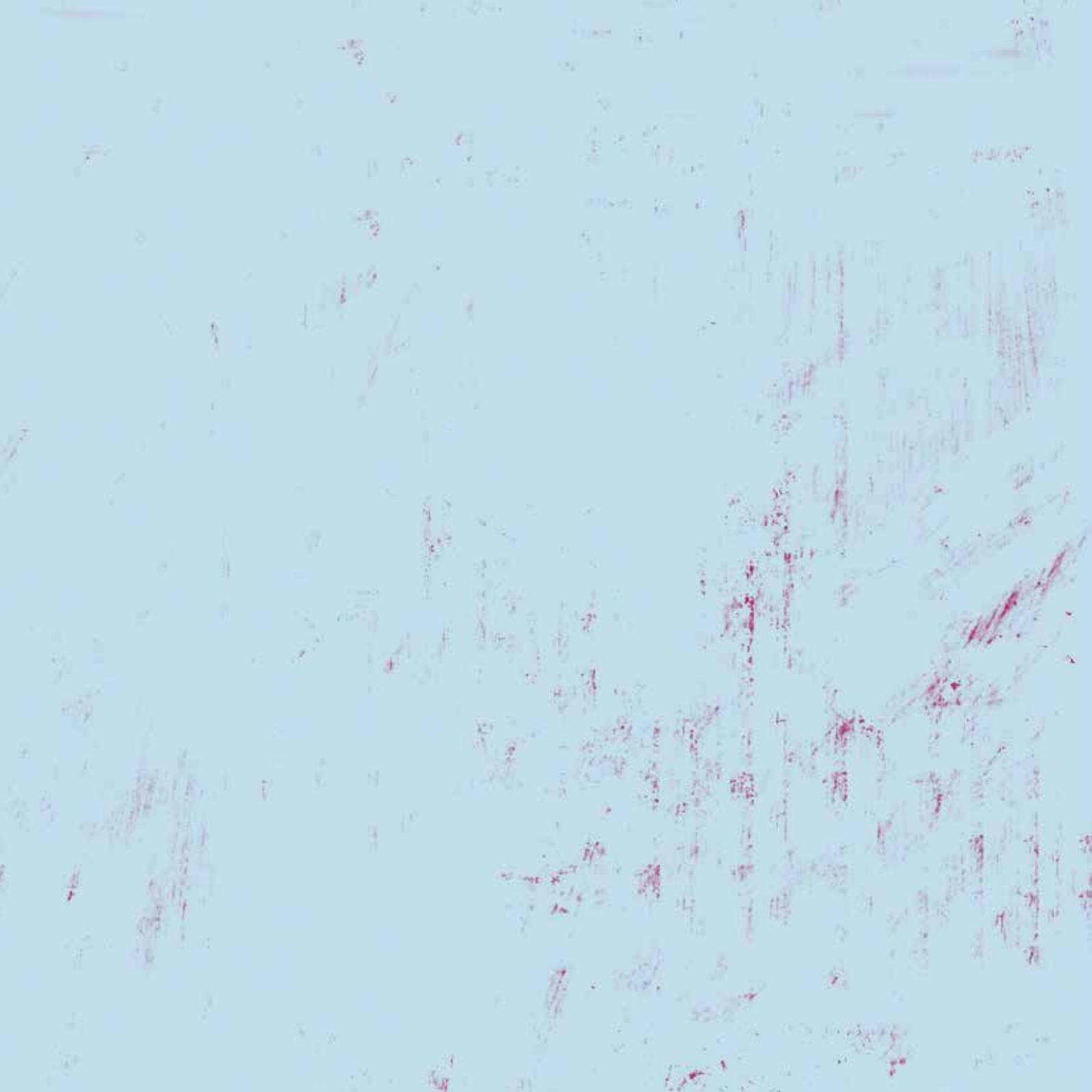
 **Kipatla**
Para tratarnos igual

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



**CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN**

A leer
IBBY MÉXICO



Versión literaria: Verónica Murguía
Ilustración: Enrique Torralba
Argumento original: Busi Cortés
Guion de la versión para televisión: Daniela Vaca,
para la Estación de Televisión XEIPN Canal Once del Distrito Federal
Idea original de la colección: Nuria Gómez Benet

Coordinación general: Alicia Molina Argudín
Coordinación editorial: Adriana González Méndez
Cuidado editorial:
Norma Romero Ibarrola
María Cristina Vargas de la Mora
Marta Llorens Fabregat
Felipe de Jesús Ávalos Gallegos
Carlos Sánchez Gutiérrez
Bárbara Lara Ramírez
Diseño y formación: Margarita Pizarro Ortega
Formación: Karla Ma. Estrada Hernández
Investigación de “Para que conozcas más...”:
Verónica Carranza Ansaldo

Primera edición: noviembre de 2014

© 2014 Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures,
del. Miguel Hidalgo,
11590, México, D. F.
www.conapred.org.mx

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kipatla, para Tratarnos Igual)
ISBN: 978-607-8418-02-2 (Daniel y el video)

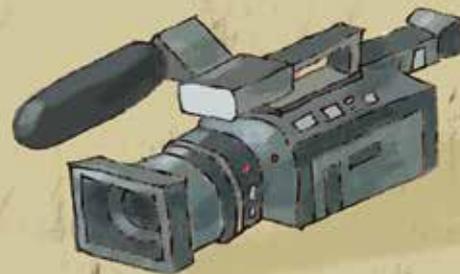
Se permite la reproducción total o parcial del material incluido
en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

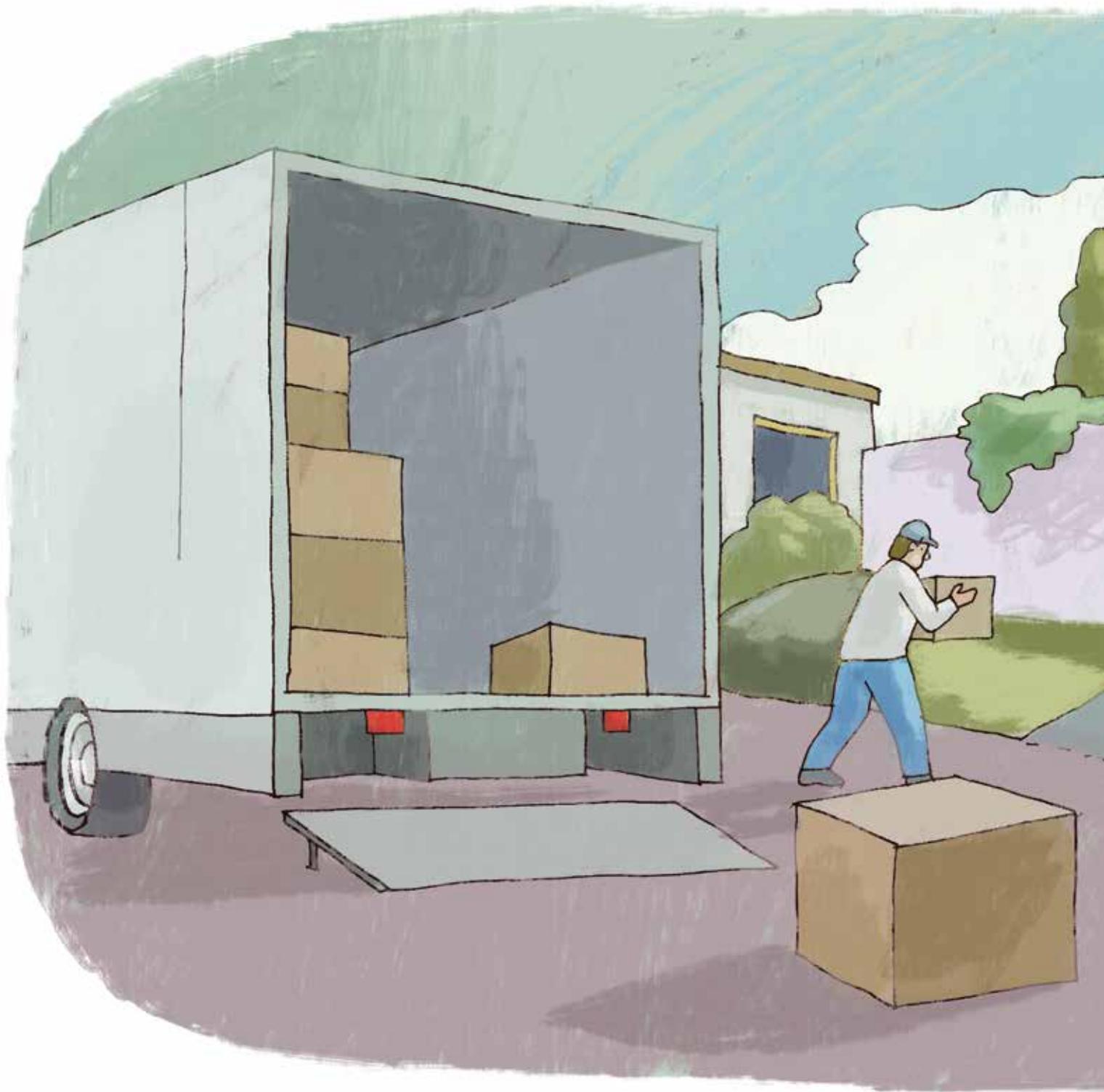
Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

Daniel y el video

Versión literaria de **Verónica Murguía**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**







Si hace un año me hubieran dicho que mi hermana Josefina y Paco, su marido, iban a regresar a Kipatla, no lo hubiera creído. Siempre pensé que habían salido de aquí para no volver. Claro que extrañaban este lugar: se notaba en las llamadas y los correos. Además, cada vez que había oportunidad, venían y se regresaban a la capital con bolsas llenas de tortillas, pan, elotes y frijoles. Decían que los de allá no sabían a nada, que las tortillas de la capital parecían de papel, que los frijoles eran como bolitas de plástico, que si el aire de la capital era una nube de smog, que si el tráfico, que si demasiada gente. Tenían sus quejas, pero eran las mismas que las de todos los que viven en ciudades grandes. Además, el paisaje del pueblo los llenaba de nostalgia: la vista de la sierra, las flores, los árboles, la plaza y la iglesia, esa iglesia colonial que es nuestro orgullo.



Quienes llegan, nacidos aquí o fuereños, quedan fascinados. El pueblo está cada vez más lindo, pero, la verdad, jamás me pasó por la cabeza la idea de ver regresar a mis parientes.

Josefina siempre fue inquieta. De niña era tan turbulenta que hasta reprobó cuarto año de primaria y sus calificaciones de secundaria fueron mediocres, pero cuando ingresó a preparatoria y descubrió su vocación, sus calificaciones se compusieron porque comenzó a echarle ganas. Quería ser directora de cine. Hablaba mucho de ellos. Hasta mi abuelita tuvo que escuchar un montón de historias sobre películas que, sospecho, no le interesaban en lo absoluto.

Aquél que pasara cerca de Josefina, quedaba hechizado o atarantado por su entusiasmo. Justo en la preparatoria organizó un ciclo de cine documental en la Casa de la Cultura. Y para asegurarse de que habría público, anunció que se rifaría un pastel al final de cada función. Pasteles, por cierto, que cocinaron mis otras hermanas, pues no hubo poder humano que metiera a Josefina a cocinar.

—Por favor, uno de chocolate, uno de queso con mermelada de fresa, uno de tres leches y otro de cajeta —pidió, con cara de santa.

Sus hermanas, acostumbradas a cumplirle todo porque Josefina es, además, la menor, se lucieron. Los pasteles fueron decorados con camaritas de azúcar.

Los ganadores del primero —el de cajeta, una delicia— corrieron la voz: el pastel estaba buenísimo, la película también y la plática había sido muy entretenida.

Los días siguientes la gente llenó la sala. Algunos hasta tuvieron que sentarse en el suelo. Sospecho que muchos iban por el pastel, pero poco a poco la selección fue ganándose el interés de la mayoría. La película con la que cerró el ciclo, *El oso*, nos dejó con la boca abierta. Al final, Josefina, con mucho aplomo, se colocó al frente y dijo:

—El chiste del documental es mostrar la verdad. Al menos, la verdad como la ve el director. ¿Qué opinan de lo que acabamos de ver?

Diez manos se levantaron como de rayo y todos nos pusimos a hablar al mismo tiempo. Creo que platicamos más de una hora y, como el tema se prestaba, las niñas y los niños participaron muchísimo. Josefina se dio cuenta de que, cuando se proponía algo, lo más probable era que lo lograra.

Entonces comenzó a sentir que el pueblo le quedaba chico. Solía decir:

—En Kipatla sobran flores, pero faltan tantas cosas... No hay escuelas grandes, ni estaciones de radio o televisión. Hacen falta cines de arte. Se necesita una buena biblioteca. La que hay no es suficiente para mí.

Mis otras hermanas asentían, de acuerdo con ella. Pero yo me molestaba, lo confieso. Aunque es verdad que en el pueblo faltan cosas, me incomodaba que lo señalara. Quizás porque yo nunca me he planteado irme de Kipatla. Estoy demasiado apegado a esta tierra y al ritmo de la vida en el pueblo. La idea de la capital no me atrae. Demasiada gente, demasiada prisa. Yo soy feliz aquí.

Una tarde, cuando ya se arrancaba a hacerme una lista de los museos y universidades de la capital, la corté en seco:

—¡Ay!, ya vas a empezar con que la capital es lo máximo. No seas pesada. Sólo le ves cualidades a la ciudad y puros defectos a Kipatla —le dije.

Josefina entrecerró los ojos, se levantó de la mesa y salió dando un portazo. Luego, mis otras hermanas me dijeron que estuvo llorando. Desde ese momento, me propuse no irritarla ni darle lata. Después de todo, soy mayor que ella.

Cuando Paco y Josefina se hicieron novios, creí que a mi hermana se le quitarían las ideas de irse, pero no. Al contrario, con la felicidad llegaron las ganas de partir cuanto antes a la capital. Paco también tenía sus inquietudes, aunque las expresaba de forma más serena:

—Mira Jacinto, no es que tú seas el ratón de campo y Josefina el ratón de ciudad. Es que para lo que ella quiere, hay que salir; ser, aunque sea, cola de león en lugar de cabeza de ratón. Así de simple. Eso no quita que Kipatla sea nuestra tierra chica, el lugar donde está casi todo lo que queremos.

Entonces llegaba ella, con ese ímpetu de siempre, un poco como un chivo en cristalería:

—¡Qué ganas de irnos! ¡Qué ganas de pasar los domingos en el teatro o la danza, en lugar de estar comiendo elotes en la plaza!

Paco y yo nomás nos miramos. Entonces, nos ganó la risa.

Fue así como comencé a tratar a Paco. Me di cuenta de que su calma era el complemento perfecto para las explosiones de entusiasmo de mi hermana. Y que

debajo de su apariencia tranquila, hay un amor enorme por Josefina. “Cuando terminemos la carrera y nos casemos”. Esa frase se convirtió en su lema. Muchas cosas: la idea de una casa, de un bebé, de ir pagando un coche, quedaron postergadas, porque a Josefina y a Paco, todavía más que tener una casa, lo que les ilusionaba era estudiar en la universidad. Se casaron y se fueron.

La boda fue una ceremonia pequeña, y para como son las cosas en Kipatla, muy íntima y discreta: sin músicos, ni regalos, ni baile, ni despedidas de soltera y soltero, ni nada de eso. Pura familia. A diferencia de todas las novias que he conocido en la vida, a Josefina no le importaron ni el vestido, ni la fiesta. Paco estaba entusiasmado con irse también y todo el tiempo se escribía con gente de la capital para arreglar las cosas. Todos pusimos dinero y les compramos aquello que parecía importarles más que las vajillas o las lámparas, que los floreros y las cortinas: una cámara de

video.



Al principio, escribieron muy de vez en cuando, y era Paco quien lo hacía. Ocasionalmente llegaban cartas de Josefina, pero fueron las menos. En ellas



hablaba de cómo extrañaba a mi abuela, y el gusto que le dio cuando nació Daniel, mi sobrino.

—Cuéntame del bebé, de mi Danielito.

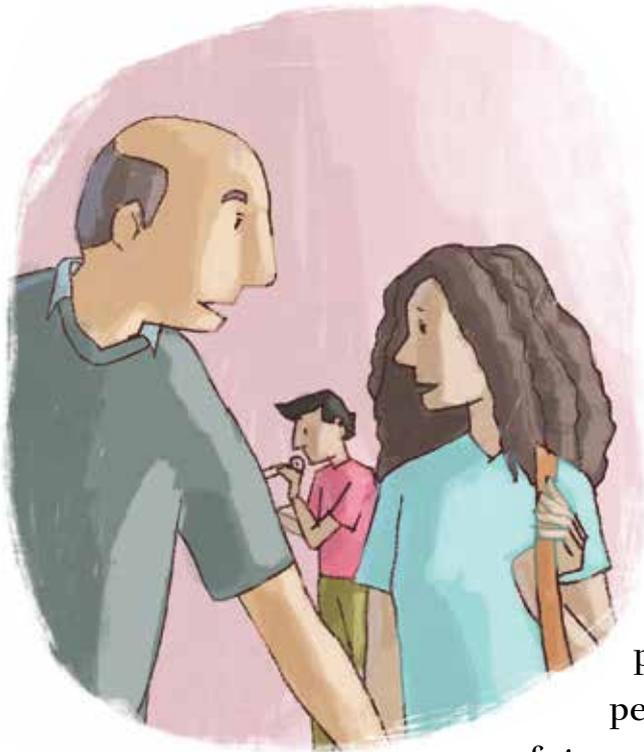
Eso era lo primero que decía en las llamadas, antes de preguntarme cualquier otra cosa. Y yo le mandaba todo lo que podía: fotos, grabaciones del bebé, pequeños videos. Todo. Cuando Daniel entró a la primaria, Josefina le escribía correos electrónicos, al menos una vez por semana.

Era Paco quien daba las noticias acerca de los dos: de cómo se aclimataron, de lo emocionante que les resultaba la Ciudad de México, de lo difícil que era conseguir un buen trabajo.

Paco se convirtió en maestro, como yo. “Es que un maestro hace falta siempre y donde sea”, escribió. No pude estar más de acuerdo.

Pasó el tiempo y, poco a poco, el entusiasmo se apagó. Josefina tenía trabajos que le gustaban, aunque no pudo conseguir nada fijo, a diferencia de Paco. Creo que comenzó a extrañar Kipatla, aunque ella no lo explicaba de esa forma. En sus correos pedía videos, fotografías familiares, postales, todo lo que pudiéramos enviarle acerca de Kipatla.

Cada vez que venían, tomaban fotos, filmaban y hacían entrevistas. Josefina grabó muchísimas conversaciones con las personas mayores del pueblo; quienes se dedicaban a la artesanía, la jardinería y la agricultura. Se sentaba a platicar con ellas y ellos, les pedía permiso para filmarlos y filmar sus casas o talleres de trabajo. Casi todos aceptaban, pues la conocían desde niña. Regresaba exhausta y feliz.



Yo le preguntaba:

—¿Quieres hacer un documental? ¿Por qué en lugar de venir a descansar, llegas y te pones a chambear?

—Porque esto no es trabajo, es puro gusto. Porque extraño y así me llevo lo que puedo del pueblo de vuelta a mi casa. ¡Y no estés de preguntón, hombre!

—Pero no te has dado tiempo de estar con la familia.

—¡Ay, qué exagerado eres! ¡Ayer me pasé toda la tarde con Daniel viendo películas! Le traje un montón. Luego nos fuimos a la nevería y lo llevé bien tarde a su

casa. Cuando no ando trabajando, me la paso con él y, a veces, hasta lo llevo conmigo. Le digo que es mi asistente y le doy mi bolsa para que me ayude a cargar las cosas. Acaba cansadísimo.

—¿No se aburre?

Josefina frunció el ceño, pensativa, y me contestó:

—¿Sabes qué creo? Que le gusta el video. De veras.

—Está muy chiquito para saber, ¿no?

—Pues pregunta mil cosas, toca la cámara con mucho cuidado, mira todo con atención. A lo mejor sí le gusta.

Y sí que le gustaba, como luego se vio.

Josefina se había convertido, para Daniel, no sólo en la tía más consentidora, sino también en una amiga. Daniel la admiraba y le gustaba decir que Josefina era famosa y que trabajaba en la capital. Esperaba sus visitas con ansias. Era muy curioso verlos llevar su relación como amigos, sin importar la enorme diferencia de edades.

—Ya, Dani, no digas que soy famosa, eso no es cierto —lo corregía Josefina, pero a Daniel lo tenía sin cuidado. Persistía en decirle a todo el mundo que su tía era importante, porque para él, lo era. Me di cuenta de que no era pose: Daniel estaba auténticamente interesado en los procesos, las historias y, claro, los efectos especiales. Traía fritos y apantallados a sus amigos Toño y Rogelio con el vocabulario que había aprendido de su tía. Aunque, hay que decirlo, también los invitaba a ver películas a la casa y se esforzaba preparando botanas para ellos.

—Daniel, vete a la tienda por manzanas y pepinos para pelarlos y ponerles chile y limón —le pedía Josefina. Daniel se iba sin chistar.

Al rato, llegaban Toño y Rogelio, felices, llenos de curiosidad por ver las películas que su amigo había escogido para ellos y encantados de ser atendidos por mi hermana.

Un fin de semana, Josefina le trajo una película buenísima titulada *Súper 8*, que trata de unos niños interesados en el cine que filman un accidente de tren y descubren un complot. Daniel la vio cien veces, y yo la vi noventa y nueve. Es una maravilla, pero lo que más me impresionó fue la emoción que produjo en mi sobrino (y en sus amigos, que ya se sentían, también, parte del reparto) la idea de los niños cineastas en el pueblito, arreglando el mundo.

—¡Imagínate hacer una película así en Kipatla!

—¡Pero si por aquí no pasa el tren, chamaco!

—No, pero pasa la carretera, tío. O podemos inventar que un avión aterriza de emergencia en la milpa y traen a un marciano muerto, oculto en un refri. Y que el Gobierno de México lo quiere estudiar, porque a ese marciano lo encontraron en una tumba azteca, pero que unos gringos se lo quieren llevar para averiguar todo. O algo así.

—O que hay fantasmas en la Casa de la Cultura y que tenemos que salvar a la doctora Ibáñez porque el fantasma de un señor va y la espanta en su consultorio —dijo Toño.

—O que hay un perro gigante que se sale de una cueva —propuso Rogelio.

Y no niego que hasta yo, un adulto más o menos realista, me ponía a fantasear con las posibilidades de filmar algo en Kipatla.

Fue más o menos por esa época que sentí un cambio en las cartas y llamadas de Josefina. Su interés por todo lo que pasaba en Kipatla se hizo más intenso. Cuando le conté que Jonathan había venido de Estados Unidos a quedarse aquí; que Ismael estaba ayudando en el Curso de Verano; el problema del hermano de Elda... como que saber todo eso hizo que se decidiera. Tal vez sintió que esos cambios eran de buena suerte, o que ya señalaban la hora de regresar. Quién sabe.

El caso es que un fin de semana llegó con Paco y se pusieron a buscar casa. Encontraron, con una suerte increíble, una pequeña y muy bonita, cerca del centro, y dejaron pagado el depósito. Por lo que vi, ya traían todo platicado y decidido.

—Ahora sí, Jacinto, no hay forma de que nos quiten lo bailado. Ya nadie nos cuenta —dijo Josefina al dar el depósito de la renta.

—Sí, cuñado —agregó Paco—. Si no nos hubiéramos ido, la inquietud no se nos hubiera quitado. Ahora ya sabemos cómo es la vida en la capital, y no sólo de visita. Vivimos lo que nos tocaba y ya estuvo suave. Queremos regresar.

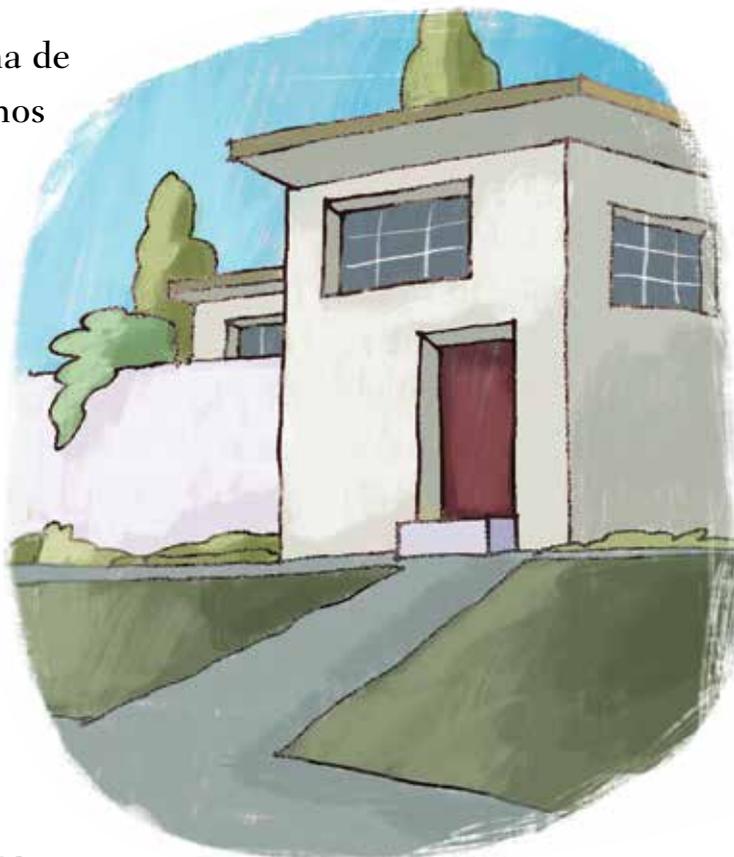
—Aquí todo es mejor, ¿no?
—le pregunté.

—Pues yo creo —respondió Paco—. ¿Te acuerdas cuando Josefina molestaba con que la capital esto y la capital lo otro? Bueno, pues este último año estaba con que Kipatla, mi pueblo, yo soy una chica de pueblo... Kipatla esto y Kipatla lo otro. Como disco rayado.

—¡Ay, bájale Paco! —interrumpió Josefina, muerta de risa.

—¿No me diste una lata tremenda? —contestó Paco y le revolvió el pelo. Josefina le tomó la mano, tiró de él y le besó la mejilla.

Me sorprendí sintiendo una chispa de asombro. Con todo y los años de casados, se querían más que antes de irse.



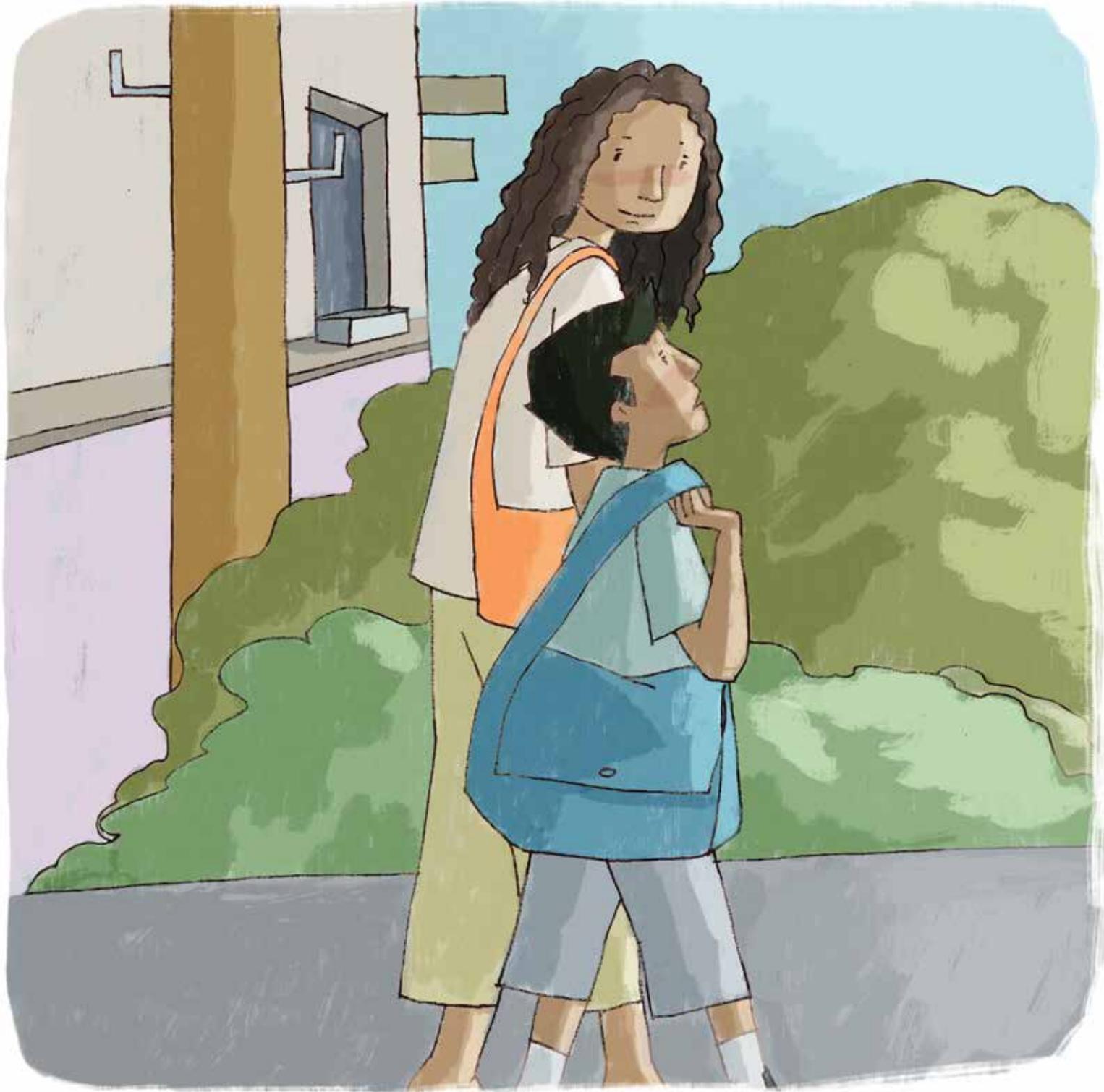
Paco iba a buscar trabajo aquí, y Josefina, como siempre, movida como una hormiguita, ya tenía apalabrada la chamba con el director de la estación de televisión de Kipatla, aunque todavía no comenzaban a transmitir.

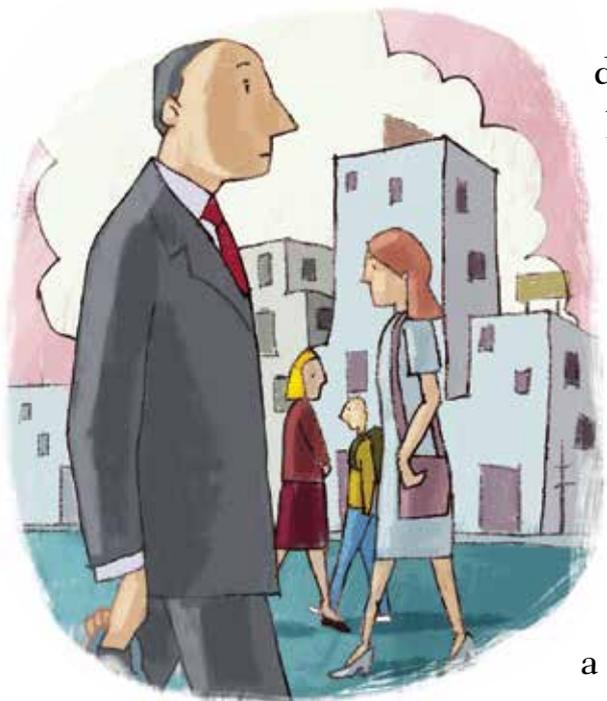
Quién sabe cómo, mientras estaba trabajando en una estación de la capital, se enteró del proyecto. Vino entre semana y se trajo muestras y discos para presentar su trabajo. En esos días casi ni la vi, porque se entrevistó con medio mundo.



Mis otras hermanas estaban felices, pero el que estaba en las nubes era Daniel. Iba detrás de ella a todos lados y la ayudaba de verdad. Por el momento, lo que me tenía asombrado y contentísimo era la presencia de Josefina y Paco en mi casa, en mi vida. Traían un entusiasmo que me mostraba Kipatla con ojos nuevos.

—Es hora de que me traiga lo que aprendí en la capital, Jacinto. Además, con los años me di cuenta de que extrañaba y que la vida en el pueblo te permite





disfrutar de todo. Mira, no me quejo, pero en la capital puedes vivir en el mismo edificio durante tres años y apenas enterarte de cómo se llaman los del departamento de enfrente.

—Y bueno, para pasar del saludo a la amistad son otros tres años —dijo Paco.

—¿No tienen amistades allá?

—preguntó Daniel.

—Sí, pero las vemos poco. Es tan pesado el ritmo del trabajo y las distancias en la ciudad son tan grandes, que los vemos más a ustedes, ¡y eso que tenemos que tomar la carretera para venir! —contestó Josefina.

—¿Te da ilusión el trabajo en el canal de Kipatla? —le pregunté.

—Mucha, mucha. Es ideal. Imagínate, un canal de televisión aquí. Es como un sueño al que le voy a poner toda la energía que desperdiciaba en México yendo de un lado a otro y haciendo cola en todas partes. No, de veras, Jacinto, tenías razón cuando me decías que el ritmo de Kipatla es más humano.

Pocas semanas después, Josefina se adelantó, mientras Paco se quedaba cerrando asuntos y empacando todo en México. Ella pasó las noches en la casa familiar y eso nos acercó más, porque hablamos muchísimo acerca de la vida, de la familia, de nuestros deseos y metas.

Daniel se la pasaba cerca de ella y era realmente conmovedor comprobar cuánto la quería. “Mi tía” por aquí, “mi tía” por allá.

Llegó el gran día y el presidente municipal cortó el listón e inauguró la estación desde donde se transmitiría la señal de televisión. Yo estaba emocionadísimo de ver a Josefina moverse de un lado a otro, grabando la ceremonia con dos ayudantes. Bueno, tres, porque Daniel iba con ella para todas partes.

Luego, nos fuimos a la exposición en la Casa de la Cultura. Josefina me había propuesto hacer un video de los trabajos que los niños y las niñas habían hecho con la maestra Alicia y pequeñas entrevistas con ellos. Daniel la llevó a conocer a sus amigos y nos topamos con Toño, quien me preguntó... ¿si Josefina era mi novia!

Yo le dije que era mi hermana y nos fuimos al jardín donde estaban acomodados los trabajos de la exposición. En esas estábamos, buscando en un cuadro abstracto una figura de pez que, al menos yo, no veía por ninguna parte, pero que a Toño le encanta, cuando llegó la doctora Ibáñez.

—Vengo a ver la pintura de María —dijo.

Intrigada, miró a Josefina y me di cuenta de que pensó lo mismo que Toño, así que le aclaré que era mi hermana y que venía a trabajar en la estación de tele.

—Mi tía es buenísima con la cámara y va a trabajar en la nueva televisora —dijo Daniel, muy ufano.

Daba ternura verlo tan orgulloso. Y también daba ternura la cara de Josefina cuando lo miraba. Él le pidió la cámara y ella se la prestó, para que comenzara el video. Eso sí me sorprendió. Daniel es responsable e inteligente, pero hace unos



años Josefina no nos prestaba la cámara a sus hermanos, y casi ni a su marido. A nadie. Daniel se fue a buscar a Toño. Nos quedamos los adultos solos, mirándonos los unos a los otros con cierta timidez, cuando de pronto Josefina se puso verde y se llevó la mano a la frente. Me asusté muchísimo, pues mi hermana tiene salud de hierro y nunca la había visto palidecer de esa forma.

—Nomás déjenme sentarme un ratito —dijo con una vocecita de niña, mientras se abanicaba la cara.

La doctora Ibáñez, ni tarda ni perezosa, la ayudó a sentarse en una banquita del jardín. Luego, las acompañé a buscar un lugar silencioso y fresco, así que nos metimos en el salón de Artes Plásticas, para que la doctora Ibáñez la revisara.

—Estoy bien —dijo Josefina por fin, después de que la doctora le tomó el pulso y le dio a oler un algodón empapado en alcohol.

—¿Segura? —le pregunté.

—Pues más me vale, porque tengo que ayudar con la mudanza —me contestó con cara de alarma.

—¿Mudanza? —preguntó con curiosidad la doctora.

—Sí, es que mi esposo y yo nos vamos a venir a vivir a Kipatla, para que yo pueda estar más cerca de mi trabajo —respondió mi hermana.

—¿Me deja revisarle la garganta? —pidió la doctora—. No vaya a ser que tenga irritadas las anginas.

Josefina me hizo una seña con la mano para que me fuera. Las dejé solas y fui por Daniel, porque me tenía con un poco de pendiente que anduvieran él y sus amigos por ahí con la cámara. ¿Y si la descomponían?

Cuando llegué con Daniel, quien venía apurado a ver a su tía, encontramos a Josefina pálida y sonriente.

—¡Tía! ¿Qué pasó? ¿Que te ibas a desmayar?

Josefina chasqueó los labios y me miró con reproche:

—¿Le dijiste que me iba a desmayar? ¡Qué bárbaro, no lo espantes!

—Le dije que yo, no tú, me iba a desmayar al verte tan pálida. Es un exagerado.

—Exagerado tú, ¿no? Aquí nadie se iba a desmayar, ni tú, con lo delicado que eres.

Daniel se acercó a su tía y le tocó el brazo:

—¿Qué dijo la doctora? ¿Te van a dar antibióticos?

—No es nada, hombre, no se preocupen —rió Josefina.

La doctora Ibáñez no dijo nada, pero nos miraba con una sonrisa, así que me tranquilicé. Me imaginé que a Josefina se le había pasado la mano con los pambazos de pueblo. La verdad, no era la primera vez que a mi hermana se le alborotaba la panza por andar de tragaldabas.

Ella se asomó a revisar lo que Daniel había grabado y se puso a platicar con él de que si la luz, de que si se hubiera acercado, de que estaba muy movida esa toma. Luego, casi a las dos de la tarde, nos vinimos a la casa a comer.



A los tres días, como lo habían planeado, llegó Paco con las cajas de la mudanza. Josefina lo recibió como si llegara con un boleto premiado de lotería. Estaba feliz. Paco igual. Daniel y yo nos fuimos con ellos a desempacar.

La casa que encontraron era muy linda. Pequeña, pero aireada, con una jacaranda y muchos bambúes en el jardín. Daniel y yo estábamos sorprendidos con mi hermana: iba de allá para acá, abriendo cajas y ordenando las cosas. Que si preparaba agua de naranja para que nos repusiéramos, que si sacaba todo y lo iba acomodando, que si quería una silla al lado de la puerta y un sofá cerca de la ventana. Lo bueno es que traían pocas cosas, porque antes de venir a Kipatla habían organizado una venta de sus pertenencias, si no, nos habrían dejado cansadísimos. La única caja que Josefina se había traído con ella era la de sus materiales videográficos y los accesorios para hacer video. Tenía éstos como espejos de lámina reflejante para la iluminación, micrófonos, lentes, cables, un montón de cosas. Todo eso ya tenía un mueble especial y un espacio de privilegio en la casita, y todo quedó organizado por la dueña en un santiamén. Josefina no permitió que Daniel tocara nada:

—Poco a poco, ayudante. Primero, nos ponemos a trabajar en la mudanza, luego nos dedicamos a manejar la cámara de video.

Paco también estaba entusiasmado. Los menos movidos parecíamos Daniel y yo, y eso que le echábamos ganas.



En esas estábamos, cuando sonó el celular de mi hermana. Alcancé a darme cuenta de que era la doctora Ibáñez, pero me hice pato porque me puse nervioso. ¿Qué quería la doctora?

La expresión de Josefina al colgar era alegre y pícara. Yo, como un tonto, no relacioné la llamada con el mareo, ni con nada.

—Mi amor —le dijo a Paco, mientras se frotaba las manos nerviosamente—, ¡vamos a tener un bebé!

La cara de Paco se llenó de felicidad. Fue rarísimo verlo, él siempre tan tranquilo, desbordado por la noticia.

—¿Es en serio? —preguntó mi cuñado, pero ya con ganas de brincar, echar cohetes y traer mariachis. Se le notaba.

—Me lo acaba de confirmar la doctora —respondió mi hermana.

Entonces me di cuenta de por qué el mareo no la había asustado. Ella y Paco se abrazaron, mientras Daniel y yo los mirábamos. Me daban ganas de abrazarlos a los dos, bueno a los tres, contando a Daniel, quien tenía los ojos como platos.

—¡Felicidades, hermanita! —dije, un poco soso, la verdad, pero es que estaba atarantado por lo inesperado de la noticia.

—Y tú, ¡vas a tener un primo! —le dijo a Daniel.

—Pero... ¿vas a seguir trabajando en la tele? —preguntó el niño.

—¡Sí! ¡Claro! Y tú vas a seguir siendo mi asistente —aseguró Josefina.

Mis hermanas y un montón de amistades de la familia fueron a ayudar después de la desempacada, así que la casa quedó perfecta unos días después. Incluso





Josefina y Paco consiguieron un juguetero, una cuna, un baulito y un moisés para el bebé, cortesía de las hermanas, que estaban por las nubes de alegría.

Luego, llegó el día en que Josefina comenzaría a trabajar en la televisora. Daniel y yo quisimos acompañarla. Como eran vacaciones de verano, lo pude hacer. Además, Ismael me estaba ayudando, así que me tomé unas horas.

Cuando llegamos, me di cuenta de que Josefina estaba muy nerviosa. Daniel la animaba, pero ella estaba un poco pálida.

—Estás nerviosa, ¿no es cierto?

—Sí —contestó.

—Relájate —le dije. La verdad es que no soy bueno para decir cosas en las situaciones importantes.

—Te va a ir bien —le repetía Daniel. Para él, su tía era una súper heroína: podía hacer todo bien.

Total que pasó a la oficina del director y la vimos salir cinco minutos después, no más. Estaba furiosa y pálida como un fantasma.

—¡Vámonos! —nos pidió.

—¿Qué pasó? —preguntamos, pero ni contestó.

Caminó delante de nosotros con pasos rápidos y un taconeo enérgico. Creo que nunca la había visto tan enojada. Nos fuimos a la Casa de la Cultura,

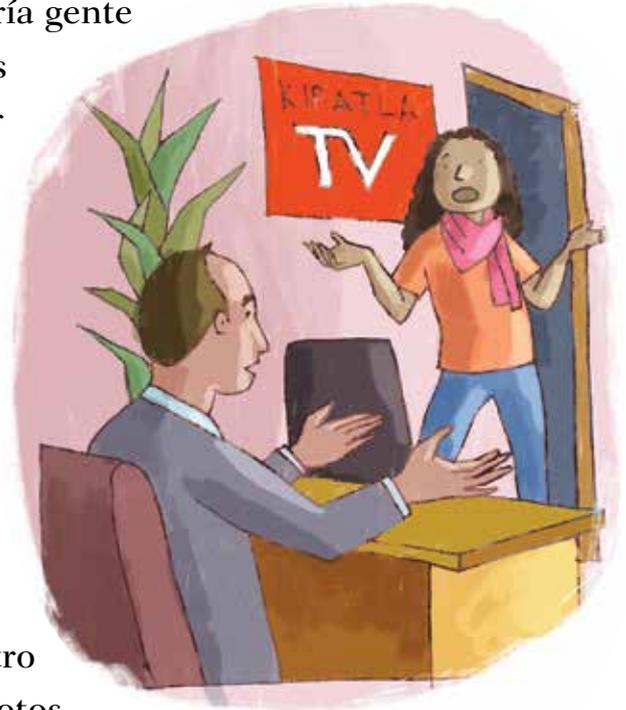
porque además yo ya tenía que ponerme a trabajar, pero antes nos detuvimos a platicar en una banquita. Y que me va diciendo que el director le había quitado el trabajo:

—Pues eso me dijo. Que no iba a contratarme por estar embarazada. ¡Y eso que llegué bien emocionada a decirle que voy a ser mamá! ¡Ni que parir fuera un crimen, Jacinto! Si fuera un crimen, no habría gente en este mundo... y yo necesito el dinero más que nunca, precisamente porque voy a tener un hijo. Los gastos van a aumentar y yo quiero contribuir. Además, estamos en el siglo XXI. ¿Quién se da el lujo de no trabajar?

—No es justo que te hagan eso, tía
—dijo Daniel. Estaba muy impresionado.

—¿Sabes qué me dijo antes de correrme? Que quería que hiciéramos un documental sobre la iglesia de Kipatla. Yo le dije que me encanta la iglesia, pero por dentro estaba pensando en la cantidad enorme de fotos de la iglesia que he ido juntando a lo largo de los años, y se van a quedar sin ser usadas... Ay, Jacinto, ¿qué demonios voy a hacer?

Yo no podía dejar de mirar a mi hermana y pensar en lo buena que es para el trabajo. Y luego pensé en Paco. Mi cuñado había dejado un empleo bien pagado en una escuela de la capital para venir a Kipatla y apoyar a Josefina en su gran



oportunidad. La cara de mi hermana era muy elocuente: estaba asustadísima, no sólo enojada. La sangre me hervía en las venas:

—¡Claro que no es justo! —exclamé—. Esto es discriminación.

—Ay, ya sé —dijo ella, con voz de derrota—. Tú viste que prácticamente me corrió de su oficina.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué vamos a hacer... o qué? —intervino Daniel, completamente desconcertado.

Se me prendió el foco. El licenciado Juvencio podría ayudar a Josefina. Conocía bien la ley, y esto que estaba pasando frente a mis narices era un caso de discriminación.

Le dije a Ismael que no podía dar la clase:

—Yo te suplo, mano, no te preocupes. Y suerte —me dijo.

Salimos los tres como rayos y nos fuimos a la oficina del licenciado.

A mi pobre hermana le temblaba la voz, así que yo le conté lo que había pasado y el licenciado preguntó:

—Entonces, ¿la despidió?

Ella asintió.

—Josefina, no pueden hacerle eso. Simple y sencillamente es ilegal.

—Entonces, ¿puede ayudarnos? —pregunté.

—Claro que sí —contestó el licenciado con tanta seguridad que me tranquilicé un poco—. Ahorita mismo comienzo los trámites para recuperar su trabajo.

—¿Ves? Tú eres buenísima en todo lo que haces, tía, y no me digas que no —terció Daniel.

Josefina lo miró con esa ternura que siempre le demostraba y suspiró profundamente.

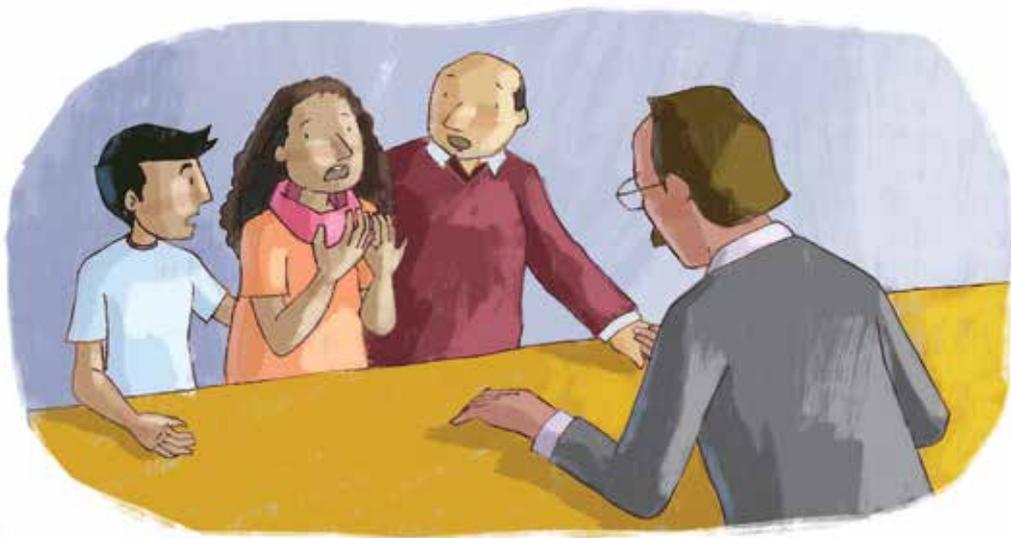
—¿Sabes, Daniel? La confianza que me tienes me da mucho ánimo para seguir adelante. Regresamos a Kipatla con muchos planes y no nos vamos a dejar vencer por el primer obstáculo que encontremos.

No sé por qué, pero la serenidad de Josefina me alegró. Creo que fue en ese momento que entendí el porqué de su regreso. Quizás, en parte, la decisión de venir a vivir a Kipatla tenía algo que ver con la idea de formar una familia. Ya decían ellos que la capital no era un lugar fácil para tener hijos y los dos tienen familia que los apoya aquí en el pueblo. Y Josefina tiene a Daniel.

Josefina miró al licenciado y le explicó:

—En realidad, yo lo único que quiero es que entiendan que mi embarazo no afecta mi trabajo.

—Eso lo sé. Pero ya verá, le voy a dedicar todo mi esfuerzo a este caso, porque no es justo. Y todas la personas de Kipatla sabemos lo trabajadora que es usted.





—¿Por qué lo dice? —preguntó Daniel.

—Porque antes de que tú nacieras, tu tía ya estaba organizando ciclos de cine, conferencias que daba ella misma y rifas de pasteles.

—¿Usted se acuerda? —preguntó ella, con curiosidad.

—Mi querida Josefina, yo fui el ganador del pastel de cajeta, en aquella lejana ocasión. Y déjeme decirle que siempre pensé que usted iba a llegar muy lejos, tan joven y tan decidida.

—¡Ay, licenciado! —exclamó mi hermana, de lo más conmovida.

Salimos muy optimistas, pero en la tarde nos cayó la realidad encima como una tonelada de ladrillos, sobre todo cuando le contamos a Paco todo lo que había pasado.

Las dos semanas siguientes fueron duras: mi hermana parecía león enjaulado, a pesar de la cantidad de cosas que hacía todos los días: arreglar su casa, conseguir lo que faltara: jergas, escobas, un buró, una lámpara pequeña, dos jarrones que se rompieron, etcétera. Paco también consiguió trabajo, pero no entró a la oficina inmediatamente, así que la ayudaba en todo. De todas formas, hubo discusiones y uno que otro pleito, porque Josefina estaba de “mírame y no me toques”. Hasta Daniel se dio cuenta.

—Mi tía anda de genio —les decía a sus amigos.

Pero sé que la disculpaba, porque comprendía que se estaba cometiendo una terrible injusticia.

Para que Josefina se sintiera mejor, Daniel ofreció ver todo el material de los documentales aquellos que Josefina había dejado a medio armar: los que incluían entrevistas con gente de Kipatla. También se pusieron a trabajar juntos en un video de la iglesia, aunque ella sabía bien que una de las intenciones del director del canal era hacer exactamente lo mismo.

—Pues que ellos hagan el suyo y Daniel y yo haremos el nuestro. La iglesia está allí desde hace siglos y es de todos —decía.

Nos demostró, como siempre, su talento. Armó unos quince minutos que estaban, en verdad, de concurso y reunió a la familia para que los viéramos. Se me había olvidado cómo había explorado mi hermana los rincones más secretos de la iglesia.

Luego, nos fuimos enterando de que el director de la estación le había dado el puesto de Josefina a un sobrino suyo. No sabía si el muchacho era cineasta, ni si sabía usar el equipo; no sabía nada. Lo que me quedaba claro era que Josefina se



la estaba pasando mal: esos días no durmió y andaba con los párpados hinchados, aunque hasta hoy ignoro si lloraba por las noches. Eso ni Paco lo sabía, vaya.

Una cosa que se me ocurrió fue que Josefina y Daniel hicieran un video para la Casa de la Cultura en el que registraran el final del Curso de Verano. Sé que no es lo mismo hacer un solo trabajo que tener un empleo, y menos si estás esperando un bebé, pero por lo menos era algo pagado, bonito y relacionado con el video. Se pulieron: entrevistaron a la maestra Alicia, a Ismael, a los niños. Hicieron tomas fabulosas de los jardines de la casa.

Esa fue la parte buena. Por otro lado, mi hermana tenía que aguantarse el coraje de ver pasar al sobrino del director de la estación, con los ayudantes que la habían apoyado el día de la inauguración.

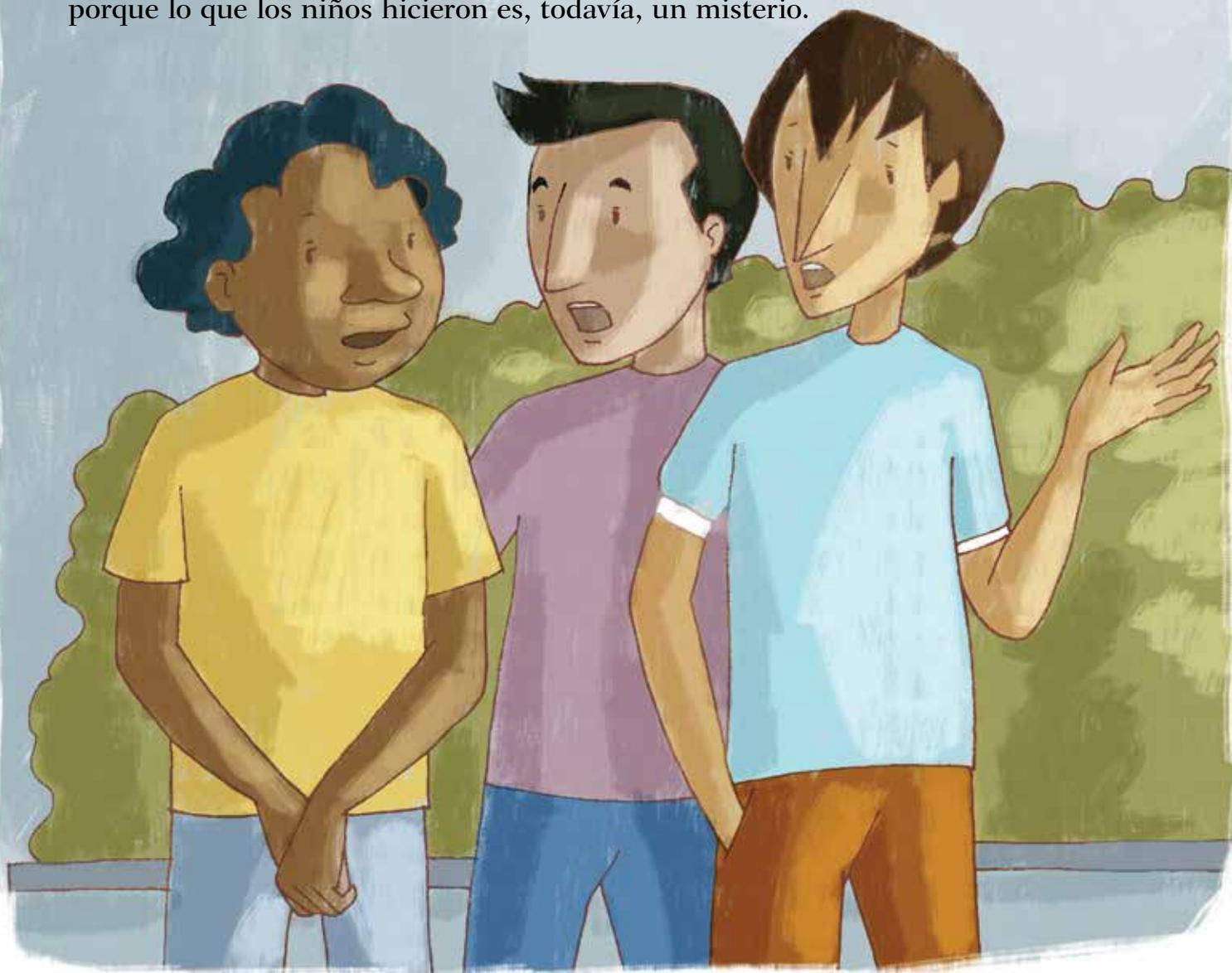
El licenciado Juvencio iba y venía también, una y otra vez, entre la estación, su despacho y la casa de Paco y Josefina. Nos explicó varias veces que el director no daba su brazo a torcer, ni con la Constitución en las narices, pero que como la ley estaba de nuestro lado era cuestión de esperar. Lo malo era que para Josefina *esperar* era una tortura.

Paco la miraba cariñosamente, le acariciaba la cabeza y le decía:

—No por mucho madrugar amanece más temprano, mi amor. Cálmate. No por mirar el celular todo el día te van a llamar antes.

—Oye, yo me sé otro refrán, ¿sabes? Al que madruga, Dios lo ayuda. Y por eso ando mirando el celular, por si me llama el licenciado Juvencio, o el director del canal, o yo no sé.

Y Daniel se tiraba al suelo de risa. Todo lo que Josefina decía le parecía genial. Sospecho que fue por esos días que Daniel y Toño se pusieron a averiguar acerca de la ley contra la discriminación y fueron a decirle a Beto que su papá estaba cometiendo una injusticia. Pero no lo sé a ciencia cierta, porque lo que los niños hicieron es, todavía, un misterio.



Josefina, que como siempre he dicho, es muy inteligente, fue a ver al presidente municipal, no para acusar al director de la estación de tele, aunque no hubiera estado mal, sino para preguntarle si le gustaría que Kipatla entrara en el programa de los Pueblos Mágicos que tiene la Secretaría de Turismo.

—A ver, a ver, Josefina, cuénteme en qué beneficiaría a Kipatla todo esto que usted me dice.

—Pues mire, el pueblo tendría más turismo y apoyos del Gobierno, que nos ayudarían a mantenerlo bonito y a conservar nuestros tesoros, como la iglesia.

—No me diga, Josefina. ¿Y usted sabe lo que debemos hacer?

—Mire, yo tengo mucho material en video sobre el pueblo, su historia y sus habitantes. Además, estoy a la mitad de un documental sobre la iglesia, precisamente.

—Oiga, Josefina, sé que usted ya no está en la estación. El director no me dijo por qué, pero debo respetar su medida. Ellos estaban haciendo ese documental, ¿no es así?

Por una vez en la vida, Josefina fue diplomática y respondió:

—Sé que tenían esa intención y no quiero pasar sobre nadie. Yo tengo mi documental y la televisora tiene el suyo. No hay problema. Usted puede decidir



entre los dos, probar sin compromiso, como dicen en el mercado. Y lo que yo le ofrezco es mostrarle horas y horas de material sobre el pueblo. ¿Se acuerda de doña Serafina, la que tejía las canastas? Antes de morir, ya muy anciana, la grabé haciendo canastas. Igual filmé a don Aurelio, el cocinero, y a don Rosendo, el que hacía las sillas para montar a caballo. Tengo mucho material que me han traído las personas del pueblo, como recetas de cocina de las abuelitas, ropa, bordados que están dentro de las casas, fotos y utensilios muy viejos, por ejemplo, banquitos para ordeñar; cosas que a la gente ni se le ocurre que sean parte de nuestra historia. Ya lo verá usted.

—En eso tiene razón, porque a nadie en este pueblo se le había ocurrido grabar a la gente mayor, y ellos son nuestra memoria; y menos aún lo de los Pueblos Mágicos. ¿Hacemos una cita para que yo vea sus cosas? Puedo invitar, para que también vengan a verme, al profesor Menchaca, al maestro Beto, a la maestra Alicia, a Aldo, a Ismael y usted se trae a su hermano.

—Cuando quiera, señor. Usted dígame.

—Mire, le propongo el lunes que entra. ¿Qué le parece? Así le doy tiempo de ordenar su material y yo les doy tiempo a todos de organizarse para que lo vean. Y quiero que me cuente más de los Pueblos Mágicos. ¿Cómo ve?

—Pero... usted sabe que estoy embarazada, ¿verdad? No lo quiero engañar...

—Ay, Josefina, ¡claro que lo sé! Kipatla es un pueblo muy pequeño. El otro día me estaba tomando un café en los Portales y me encontré con la doctora Ibáñez, ella me contó. Discúlpeme, con todo esto que platicamos se me olvidó felicitarla. ¡Qué alegría me da verla florecer y formar una familia con Paco! ¿Pero por qué habría de engañarme?

Dice Josefina que se quedó callada para no verse chismosa. Hizo bien.

Resulta que el presidente municipal le pidió al director de la estación que le mostrara lo que llevaba filmado su sobrino sobre la iglesia, ya que la idea de que Kipatla fuera un Pueblo Mágico le pareció magnífica.

El director del canal le pidió a su sobrino que le enseñara el trabajo que había realizado, ¡y resultó que el muchacho no había hecho nada!

Dicen que quería hacer una serie de televisión, no sé de qué tipo, pero las malas lenguas cuentan que pensaba hacer unos videos musicales para dar a conocer las canciones de unos amigos suyos. Otras malas lenguas, entre las que están las de mis hermanas mayores, cuentan que al chavo le dio por hacerse el importante y nomás iba de un lado a otro con la cámara, pero sin trabajar.

El chiste es que el director de la estación estaba metido en un problema. El sobrino anduvo esos días bien apurado, haciendo tomas en la iglesia, pero no le quedaban bien, o no se sabe, pero su tío estaba enojadísimo.

Mientras tanto, Josefina, Paco y Daniel estaban ordenando las tomas de la iglesia, de las entrevistas y de la clausura del Curso de Verano.



Confieso que yo le insistí al licenciado Juvencio para que en esos días estuviera más latoso que antes.

—Tienes razón, Jacinto. Así se dará cuenta de que muchas veces las mujeres están más comprometidas y mejor capacitadas para hacer los trabajos que se les encomiendan.

—¡Claro! Josefina no ha parado, licenciado. En estos días ha trabajado más del triple de lo que este chavo ha hecho. Además, no es por nada, pero cuando se exhiba el trabajo de mi hermana, porque de eso me encargo yo, van a ver cómo hace las cosas. El sobrino del director salió un poco irresponsable, quién sabe por qué.

—Ya sé —dijo el licenciado—. Por cierto, Daniel su sobrino ha venido a verme y a preguntar mil cosas. Viene con Toño y sospecho que luego se van a decirle todo a Beto, porque los vi a los tres muy serios la otra tarde en la nevería.

—¿A Beto? ¡Pero si Beto es hijo del director de la estación!

—Pues creo que ya lo convencieron de que Josefina tiene razón. Los niños andan metidos en esto, haciendo de abogados de Josefina. No se alarme, Jacinto. De que traten de hablar con el director, no pasa.

La tarde del lunes, cuando se proyectó el trabajo de Josefina en la Casa de la Cultura, vi muy impresionados a todos. Con lo de la iglesia, quedé fascinado. Con lo demás, ni se diga. Lo mejor, al menos para mí, fue el video que hicieron ella y Daniel del Curso de Verano.

Josefina, Paco y yo quedamos tranquilos después de tanto nerviosismo. Si a Josefina no le devolvían su puesto, los tres estábamos seguros de que podría optar por un empleo en la Presidencia Municipal o en la misma Casa de la Cultura. Ella, claro, tenía más planes. Trabajar en la Secretaría de Turismo, no sé.

Y llegó el día de la clausura del Curso de Verano. Hubo kermés, pambazos, limonada, esquites, baile, algodones de azúcar, música, de todo. Allí estaba el director de la estación y, bueno, pues nos lo encontramos.

“Lo cortés no quita lo valiente”, me susurró Josefina, dándome un codazo en las costillas. Francamente, el codazo sobraba, porque nos educaron las mismas personas y soy incapaz de ser grosero. Ni siquiera con el tipo que despidió a mi hermana.

Estábamos todos ahí, con cara de circunstancia, cuando Daniel anunció la proyección del video del curso. Yo, en lugar de verlo, me puse a estudiar la cara de asombro del director de la estación, quien estaba sentado justo detrás de Paco y mi hermana. No creo que sospechara siquiera lo bien que iba a estar el video. Ahí, creo, le cayó el veinte. Un veinte como la losa del Pípila, porque en esos días su sobrino se había ido a la capital y ni sus luces.

“Para que vea”, pensé, pero no me esperaba lo que siguió.



De pronto, vi que Beto jalaba a su papá y lo llevaba cerca de Josefina. El director de la estación se les acercó y dijo:

—Quedó muy bien el video. Su asistente sabe usar la cámara.

—Gracias —contestó Josefina, un poco avergonzada. Beto jaló el brazo de su papá. El director se inclinó y el niño le dijo algo al oído. Entonces, el director se sonrojó y dijo atropelladamente:

—Josefina, yo quería pedirle una disculpa. No debí despedirla por estar embarazada. De hecho, si usted así lo desea, el empleo sigue siendo suyo.

Josefina se puso más roja todavía que él, pero sonrió como un sol. Paco también tenía una sonrisota en la cara. Entonces, me di cuenta de que Toño y Daniel se miraban con caras de cómplices. Ellos sabían que la ley estaba del lado de Josefina. Yo sabía que no sólo la ley le daba la razón a mi hermana, también la respaldaban la calidad del trabajo que había hecho en la capital, el que había filmado en Kipatla y su carácter responsable.

—Pues sí —tartamudeó ella—, siempre y cuando pueda llevar a mi asistente.

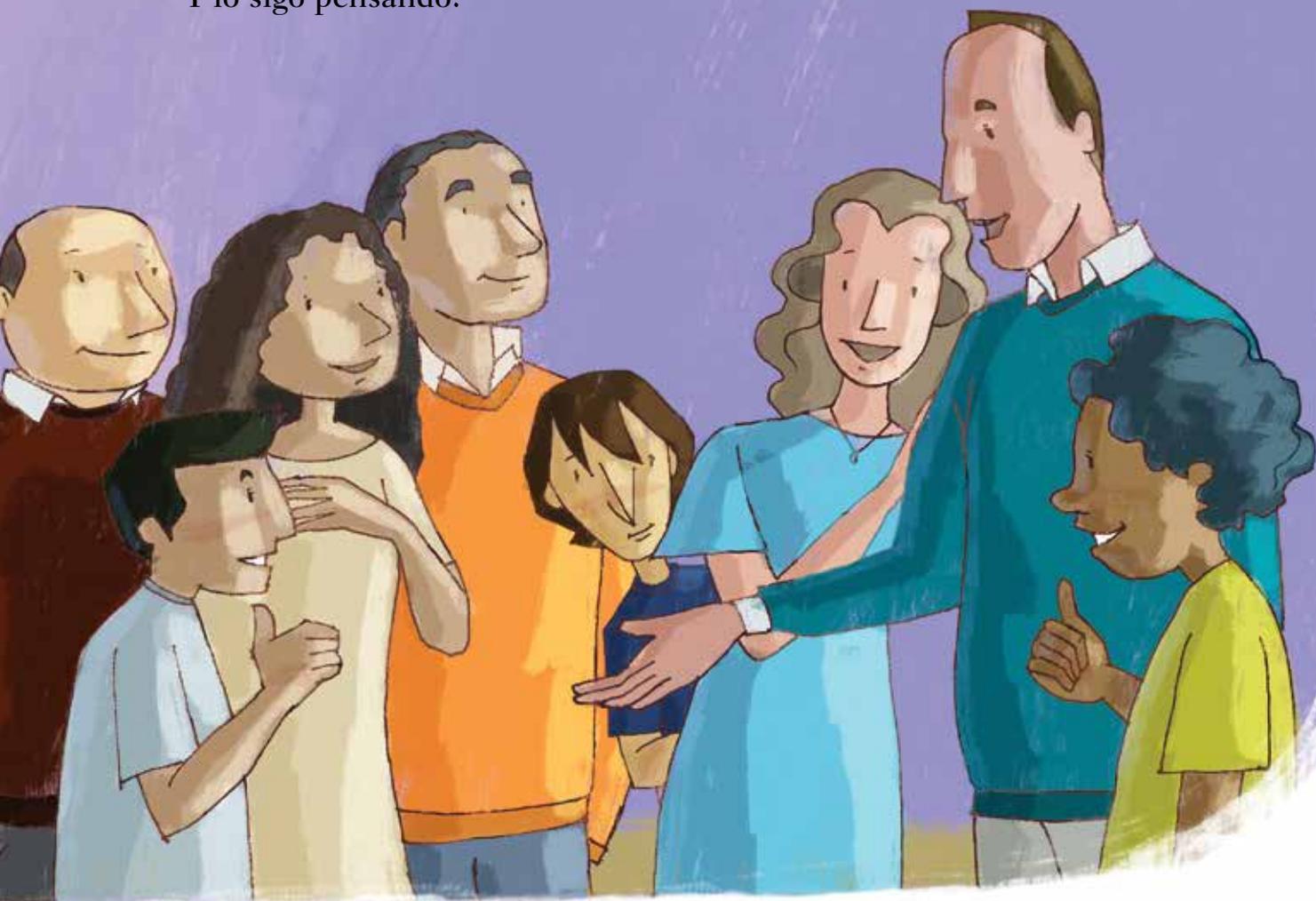


Daniel se puso muy derecho. El director, todavía un poco avergonzado, se fue a comprarle un algodón de azúcar a Beto, y Josefina se quedó con su esposo y su sobrino. Llegué como rayo a su lado. Me miró con los ojos llenos de lágrimas. Entonces, me preguntó:

—Sabes que voy a cumplir con todas mis fuerzas, embarazada o no, ¿verdad?

—Mira, Josefina, yo pienso que eres la persona más responsable que conozco, y que tu embarazo sólo te hará más responsable que antes —respondí.

Y lo sigo pensando.



Para que CONOZCAS más...

¿Sabías que se discrimina a las mujeres en el trabajo?

Las mujeres son discriminadas en el mundo laboral de varias maneras, por ejemplo, existe una desigualdad en los salarios (se les paga menos por el mismo trabajo) y tienen principalmente trabajos informales, en los que no tienen acceso a derechos laborales, como la seguridad social, el servicio de guardería, una licencia de cuidados de maternidad, un contrato laboral y prestaciones, entre otros.

La mala aplicación de las leyes laborales ha incrementado la desigualdad entre hombres y mujeres. Además, la idea que tenemos como sociedad de que las mujeres tienen que dedicarse únicamente a ciertas funciones, como el cuidado de los hijos y las hijas y las labores del hogar, hace que se vea como natural que sólo se les den puestos de asistencia, por ejemplo, secretarías, asistentes, trabajadoras del hogar, cuidadoras, azafatas, enfermeras, entre otros, lo cual frena su desarrollo dentro de la sociedad.

El hecho de que vivamos en una sociedad en

la cual se da más valor a los hombres que a las mujeres ha influido en que las mujeres tengan una presencia desigual en el trabajo. Por otra parte, todavía es común que en nuestra sociedad se considere que hay profesiones que son exclusivas para hombres, como las ingenierías o las carreras tecnológicas.

Las expresiones de discriminación en contra de las mujeres tienen consecuencias negativas a largo plazo y no sólo ocurren en el área laboral, sino que se extienden a todos los espacios en los que ellas se desarrollan. Es indispensable impulsar acciones para que las mujeres accedan sin discriminación alguna a todos los derechos que marca nuestra Constitución.

¿Cómo ocurre la discriminación hacia las mujeres embarazadas en el trabajo?

En nuestro país es muy común que las mujeres que están embarazadas no puedan acceder a un trabajo, o bien, permanecer o continuar en él. Entre las prácticas discriminatorias más comunes hacia las mujeres se encuentra el condicionamiento de un trabajo a la realización de pruebas de embarazo y también el despido injustificado por estar embarazadas. En algunos lugares de trabajo, las mujeres embarazadas no tienen acceso a prestaciones de maternidad y, cuando las tienen, en muchas ocasiones son limitadas.

Reflexiona y actúa...

¿Conoces alguna mujer embarazada? ¿Crees que sus derechos laborales han sido impedidos o restringidos por su embarazo? ¿Crees que sus aptitudes para desempeñar su trabajo han sido afectadas por su embarazo? ¿Crees que las mujeres que están embarazadas deberían acceder a un trabajo sin discriminación?

Elabora una lista de preguntas relacionadas con los temas que hemos abordado, dirigidas a mujeres embarazadas. Busca cinco mujeres que estén embarazadas o lo hayan estado recientemente, y entrevístalas. Algunas preguntas que te sugerimos son: ¿Has sentido que tus derechos no han sido respetados por ser mu-

jer? ¿Has sido discriminada en algún trabajo por estar embarazada? ¿Cómo ocurrió? ¿Cómo fue el trato que recibiste en tu trabajo cuando estabas embarazada? ¿De qué manera crees que las mujeres embarazadas podrían acceder sin discriminación a sus derechos laborales?

Anota o graba sus respuestas y, al finalizar todas las entrevistas, elabora una nota periódica sobre la situación de discriminación en el trabajo de las mujeres embarazadas en tu comunidad. No olvides incluir anécdotas y otros fragmentos de las respuestas que obtuviste. Puedes reunir tu nota con las de tus compañeras y compañeros de clase para hacer una publicación sobre el tema que podrán compartir con otras personas.

¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para Tratarnos Igual?

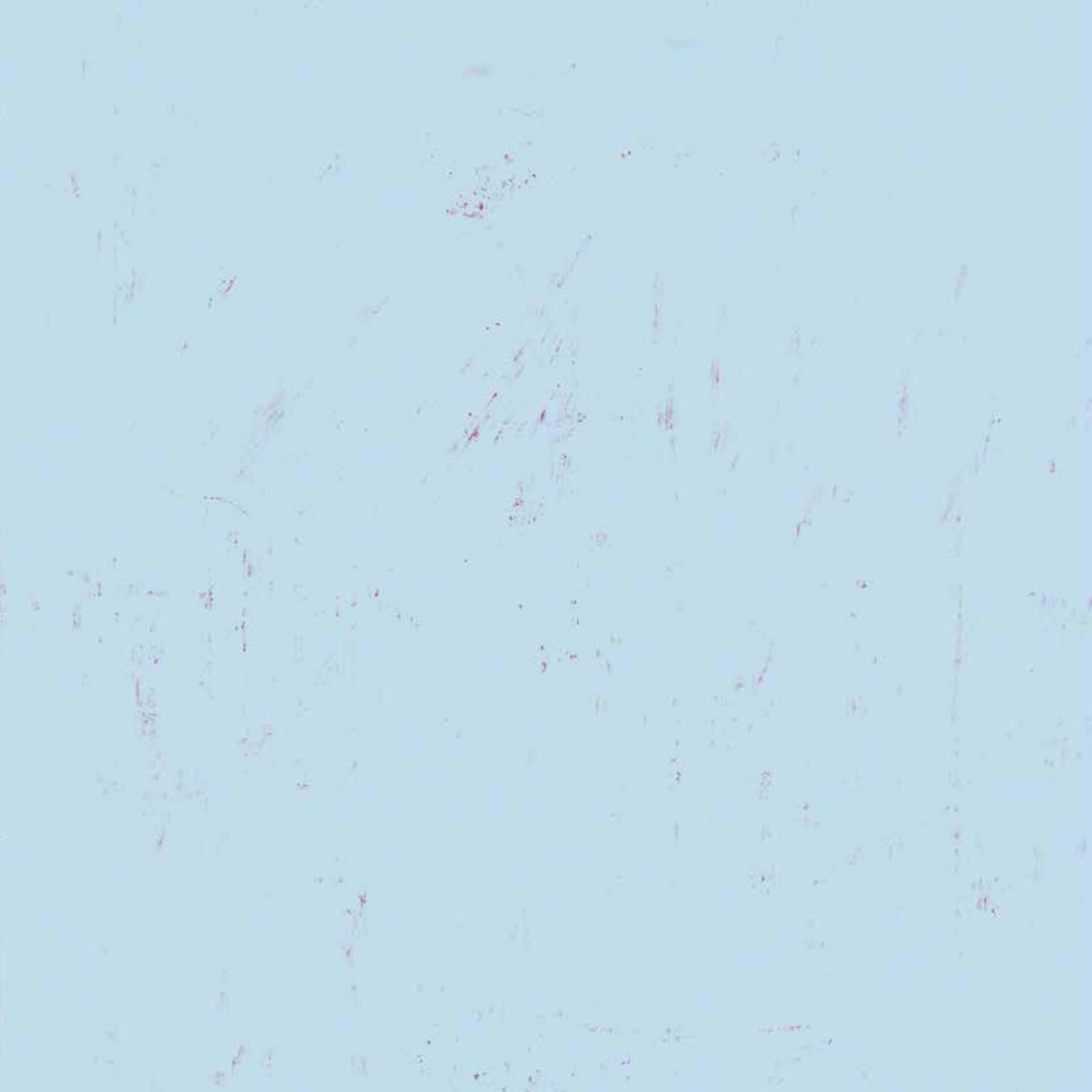
En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.



Daniel y el video

se terminó de imprimir en noviembre de 2014 en los Talleres Gráficos de México, Canal del Norte 80, col. Felipe Pescador, del. Cuauhtémoc, C. P. 06280, México, D. F.

Se tiraron 10 000 ejemplares.



Daniel está muy emocionado porque su tía Josefina, quien se fue a vivir a la capital, por fin volverá a Kipatla. Ella trabajará en la nueva estación de televisión del pueblo y Daniel será su asistente. Ninguno se imagina que, debido al embarazo de su tía, los planes tendrán que cambiar. ¿Te puedes imaginar por qué?

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO

EJEMPLAR GRATUITO
Prohibida
su venta